

DEL “INTRACUERPO” AL ANHELO GENÉSICO EN CHACEL: ¿LA AUTOBIOGRAFÍA DE UN YO, EXILIADO DE SÍ MISMO?

Ricardo TEJADA
(Universidad de Maine)

En 1989, Rodríguez Fischer, en la introducción a uno de los volúmenes de la *Obra Completa* de Rosa Chacel, señalaba la escasez exegética de trabajos sobre la autora vallisoletana (Chacel, 1989). Hoy en día, no podemos decir que la situación se haya mejorado sensiblemente. Razones de toda índole, en las que no vamos a entrar, explicarían un desencuentro constante de Chacel con la “moda” literatura de su tiempo, pese a la profunda fidelidad que mostró hacia las tendencias más innovadoras del siglo XX. Este desencuentro es, en efecto, el fruto de una fidelidad, ante todo y sobre todo, a una línea que ella se trazó desde los años veinte y de un apego a lo que significó un grupo de jóvenes, reunidos en la colección de biografías, “Nova Novorum”, en torno a Ortega y Gasset y a su desafío lanzado de narrar “almas interesantes”. Rosa llegó tarde a ser incluida en esta colección pues cuando tuvo preparado su primer libro, *Estación. Ida y vuelta*, ya había sido clausurada, con lo que tuvo que ser editada en otra editorial, la editorial *Ulises*. Durante el resto de su vida se reclamará siempre deudora de ese matraz intelectual, del magisterio de Ortega, sin que ella fuese, pese a ello, una de las más cercanas a su círculo, dado

que entre el 27, fecha de su regreso a España, y el 36 no fue discípula suya, ni asistió a sus clases en la Universidad. El contacto fue a través de la tertulia de la *Revista de Occidente*, y de manera ocasional, como ella mismo lo reconoció en varias ocasiones. En los años cuarenta y cincuenta, ya en el exilio, los pocos libros que tenía en su haber, *Teresa y Memorias de Leticia Valle*, de tono intimista y memorialista, no lograron concitar mucho interés debido a la ola de literatura existencialista y social que predominaba en el mundo occidental. A finales de los cincuenta, comienzo de los sesenta, Chacel quedó deslumbrada por el *Nouveau Roman* en cuyos presupuestos literarios veía ella una profunda afinidad con lo que había propugnado desde antes de la Guerra Civil. Sus ansias de ser reconocida por ese grupo, en especial, por Butor, no cuajaron. Cuando viajó éste a Río de Janeiro no le hizo ni caso y Chacel, escritora de gran madurez, ya en aquel tiempo, aunque no de obra madura en cuanto a público, tuvo que conformarse con el papel, bien triste, de humilde admiradora doblemente excéntrica, por ser exiliada y por ser de un país periférico.¹ Sus dos estancias en España, en 1960, y en 1972, que supuso su regreso definitivo, no facilitaron mucho la inserción literaria de Chacel, acusada por escritores y críticos, como Torrente Ballester o Consuelo Berges, de ser la única del “grupo” “Nova Novorum” en vida que persistía en la vía muerta de la deshumanización del arte. Otras lecturas que contribuían a la subestimación de sus novelas insistían en su carácter intelectualista, abstracto, excesivamente mental, en un momento, no lo olvidemos, en el que empezaba a hablarse del llamado “boom” latinoamericano. Está claro que Chacel no las tuvo todas consigo. Es cierto que intelectuales y escritores como Julián Marías, Pere Gimferrer o Ana María Moix, hicieron todo lo posible con vistas a su integración en el nuevo panorama cultural y es cierto, también, que la misma Chacel se interesó mucho por las nuevas tendencias de la novelística española (Martín Santos y, sobre todo, Ferlosio y Benet). Ahora bien, su filiación orteguiana no encajaba mucho en los años setenta, en el contexto de la llamada, por entonces, “filosofía radical”, (Savater, en primera línea de mira) y su gusto por la ausencia de intriga tampoco encajaba con las tendencias narrativas que se perfilaban en los ochenta, partidarias de una vuelta al relato clásico, ágil y depurado de escoria experimental (pienso, por ejemplo, en Pérez Reverte).

¹ Véase Chacel, 1982.

El desencuentro de Chacel con su tiempo y con su público tiene también razones intrínsecas. En primer lugar, su conocido carácter no contribuyó mucho a su inserción en una sociabilidad literaria, allá donde estuviese.² En segundo lugar, su obra no es, globalmente hablando, una obra cambiante, evolutiva, aún menos adaptativa. Como ella mismo lo confesó en una entrevista a la revista *Quimera*, todo gira en sus libros en torno al yo.³ En cierto sentido, es una literatura “yoísta”, poco abierta al mundo, muy poco viajera, y, sobre todo, poco “sinfónica”, pese a las apariencias, en el sentido bajtiniano de apertura radical a la inalienable otredad de los personajes. Como en Unamuno, da la impresión de que la autora no es sino el ventrílocuo de éstos. Hay algo de encierro, incluso —me atrevería a decirlo— de sentimiento de claustrofobia, cuando uno se empapa de su mundo personal, principalmente en sus diarios, también en las novelas, y en menor medida en sus ensayos, en sus relatos cortos y en su poesía. Un sentimiento de cierta claustrofobia que es muy semejante al que puede tener un lector de Ramón Gómez de la Serna, pero esta vez no por estar encerrado en la danza sinfín de las cosas, sino en los arcanos del yo. Claro está, de Ramón no “hereda” sólo este defecto; también asimila muy bien de él, a mi modo de entender, una gran virtud, un afecto extraordinario por lo minúsculo y lo insignificante, que en ambos se despliega en un lenguaje desatado, sincopado y metafórico, en Ramón, fluido y lleno de matices, en Rosa.

Este “yoísmo chaceliano”, en el que se han quedado muchos comentaristas, señala, qué duda cabe, toda la limitación de su proyecto intelectual, pero no se queda ahí. Lo que es admirable en su obra es el rigor y la persistencia con la que una vez asumidos sus límites, en el sentido más propio de la palabra, emprende una excavación insistente en los territorios más ignotos del psiquismo humano. Dos metáforas, utilizadas por ella en distintos contextos, designarían muy bien esta

² Es conocida la airada que se puso cuando Ortega le señaló, a raíz de la lectura de su primera novela, su cercanía a la novelística de Giraudoux.

³ “Mi obra probablemente tiene el defecto de ser demasiado yo, pero no he sabido hacer otra cosa. Eso es lo mío” (1988, 30). También en *La confesión* afirmó que hacía cuarenta años que había defendido “la supremacía del Yo en la novela” (1971, 27).

actividad de excavación: la de rebañadura y la de tornillo.⁴ La escritura chaceliana rebaña todo lo habido y por haber, todo lo verbalizable, hasta sacar de la memoria lo que llamaría yo las perlas de lo ínfimo, en toda su plenitud y sentido. Es como un torniquete que incidiese en el mismo sitio, sacando todas las virutas de lo que en un principio parecía falta de interés y de grandeza. Esto se explica porque Chacel, ramoniana en el espíritu, pero no en la letra (no se puede seguir a un funambulista, dijo ella), sí siguió, en contraste, a otro Ramón, a Juan Ramón Jiménez, en cuyos poemas veía ella todo un ojo primoroso, un afán de mirar con cariño y atención el mundo.⁵ Este juanramonismo de Rosa, que podemos detectar, de otro modo, en otros dos grandes autores del exilio como Ramón Gaya y Tomás Segovia, es, seguramente, lo que le permite a Rosa no quedarse atrapada y anquilosada en una literatura confesional, obsesionada con la culpa y el deseo transgresor, recluida en un triángulo edípico asfixiante.⁶ El ojo de Chacel está siempre atento a los lindes, a su constante y múltiple bifurcación. Su propia escritura encarna, de algún modo, los linderos de los que hablaba William James, los pasajes mentales, las relaciones que reúnen los términos, los requiebros, pausas y matices que son necesarios

⁴ *Rebañaduras* es como tituló una recopilación de artículos, en 1986, que luego formarían parte de su *Obra Completa*. Rebañar significaría, desde su perspectiva, agotar con gusto y decisión las múltiples dimensiones de lo mental en su baile con lo real, y deleitarse en el mismo movimiento, hasta lo último aprovechable. "Mi sistema mental procede en forma de tornillo; por esto puede parecer que doy demasiadas vueltas, pero siempre yendo hacia el centro" (1993, 248).

⁵ En una conferencia impartida en la Universidad Complutense de Madrid, titulada "La segunda primera novela", afirma ella: "Juan Ramón puso a su YO en el mundo con la misión de mirar y especialmente las cosas fútiles, las que habían quedado en las huellas del Modernismo, como un collar perdido...", y añade: "Perdido y desgranado lo encontró Ramón Gómez de la Serna" (1993, 363).

⁶ Véase el artículo de Tomás Segovia, "Rosa Chacel o el misterio radiante" (2007, 81 y 83) en donde subraya su "capacidad de plasmar en un relato nada 'hermético', sino claro y fluido, acontecimientos verdaderamente *inefables*". Así mismo recalca el hecho de que ella perteneciese "a la generación literaria española que más hondamente fue dañada por la guerra civil: la de aquellos escritores que empezaban a dar forma a su obra cuando fueron arrancados de su país por el exilio".

para hollar las verdaderas nervaduras de la vida, la sensación de "armonía o discordia" en el pensamiento (207-209). Por lo tanto, aunque siempre esté agarrada de "arriba", por así decirlo, por un yo muy firme, es muy porosa por "abajo" a lo que disuelve el sujeto, a lo que casi ya no es yo, a la materia, a lo entrevisto y presentido, a los complejos trenzados afectivos de mentes distintas. Esta es y sigue siendo, así al menos me lo parece, la tremenda modernidad de su obra.

Una vez hechas estas primeras aclaraciones, quisiera muy brevemente explicar el corpus en que me voy a basar y las hipótesis de las que quiero partir. En primer lugar, es preciso señalar que es muy difícil, en su caso, limitarse a un libro en concreto, cuando se quiere indagar en un problema tan amplio en ella como la autobiografía. Como señaló en su momento Luis Suñén, en su obra "la confesión, las confesiones" juegan un papel verdaderamente "decisivo" (27). Este propósito es aún más difícil si se quiere enlazar esta cuestión con la del exilio. Vayamos por partes. Rosa Chacel escribió una autobiografía, titulada *Desde el amanecer*, que abarca los diez primeros años de su existencia, su vida en Valladolid, entre 1898 y 1908. Es, a mi modo de entender, y no soy el único en decirlo, uno de los libros más bellos, más límpidos y profundos de la escritora castellana. Es en esta obra en la que me apoyaré a modo de pivote de otros textos, pero nunca exclusivamente. La razón es que si queremos saber qué fue de su vida durante el exilio no tenemos ningún documento, en sentido estricto, autobiográfico. Tenemos, en primer lugar, sus Diarios, *Alcancía. Ida, Alcancía. Vuelta y Alcancía. Estación Termini*, que abarcan un periodo muy largo, desde su embarque en Burdeos en dirección de Río, en 1940, hasta los últimos días de su vida, en 1994. Este es un testimonio absolutamente conmovedor y singular, en el contexto del exilio republicano español. Pocas obras hay de este calado, que hayan sido escritas con tal persistencia y ambición. Los diarios de Chacel confirman y llevan a su culminación este aspecto un tanto claustrofóbico que habíamos visto antes al tratar de su obra. Dos observaciones de 1957, anotadas en su *Alcancía. Ida*, diecisiete años después de llegar a Río, bastan para que, sin ningún comentario, capten la soledad y la dificultad de abrirse a lo extraño, al país de acogida, que padeció ella. El 12 de febrero anota ella: "Veo el paisaje brasileiro; no sé por qué antes no lo veía" (1982, 77). Y el 19 de julio del mismo año escribe: "... todo agravado por la falta de dinero y la falta de amistades. Días y

días sin ver a un ser humano" (1982). ¡Y habían pasado casi veinte años desde su llegada a América! La misma Chacel confesó en un artículo su obstinación en no hablar portugués, que iba más allá de su, al parecer, poca aplicación en la práctica de los idiomas.⁷

Además del diario, contamos con dos ensayos, *La confesión* y *Saturnal*, muy importantes, sobre todo el segundo, que nos van a dar pistas sobre lo aquí inquirido. Y, por último, contamos con numerosos artículos, en especial, semblanzas de amigos y de maestros, en las que siempre aparece de manera tangencial, o no tan tangencial, la vida de Rosa Chacel. En último lugar, merece ser consultada la semblanza biográfica que hizo de su marido, Timoteo Pérez Rubio, en la que describe, con no poco pudor y tacto, la vida del que fuera su marido, pintor y conservador del Museo del Pardo, quien tuvo que dedicarse a otros quehaceres en Brasil para poder subvenir a las necesidades de la familia. Al investigador le faltan, hoy por hoy, dos elementos que podrían completar su trabajo: las cartas dirigidas a ella y escritas por ella, no incluidas en su *Obra Completa*, y algunos artículos que escribió para publicaciones brasileñas y argentinas, de cuyo conocimiento tenemos por sus diarios, pero que no figuran en dicha *Obra Completa*. Y falta, hoy por hoy, una biografía suficientemente ambiciosa y exhaustiva que nos ofrezca un recorrido intelectual y vital de toda su vida.

La verdad es que el caso Chacel, sin ningún ánimo de convertirlo en una patología, entendiéndame bien el lector, es sin duda singular en la literatura exílica. Ella misma se prohíbe, de entrada, hablar de España en sus diarios, todo lo contrario, por ejemplo, de los diarios de Max Aub. Dice pocas cosas de su vida durante la Guerra Civil, que se quedó en París con su hijo desde el 37 y que conoció a varios personajes decisivos en su destino ulterior: Kazantzakis, Máximo José Kahn y sobre todo Elisabeth von der Schulemburg, quien fue la que invitó a la familia Pérez-Chacel a irse con ella a Brasil.⁸ Y, desde luego, en ningún momento narra su vida en el exilio pues la biografía de su marido se detiene ahí donde comienzan sus diarios, en 1940.

⁷ Y reitera: "He necesitado treinta y tantos años para entender Río de Janeiro" (1993, 248 y 70).

⁸ Véase 1993bis, 636.

A Chacel, por diferentes circunstancias y razones personales, no le atrajo mucho la vida dentro de la comunidad de los exiliados. Su vida en Brasil no facilitaba tampoco las cosas. Es cierto que se carteara con Concha Albornoz y que se vieron de vez en cuando. También es cierto que publicó algún artículo en la revista argentina, *Realidad*, detrás de la que estaba un colectivo importante del exilio, del que destacaba Francisco Ayala, pero no sólo él. No obstante, tampoco consiguió en sus frecuentes estancias en Buenos Aires mantener un vínculo permanente con el exilio español. No hay heroísmo ni dramatismo alguno en su visión del exilio del que habla como tal en muy pocas ocasiones. En la novela *Ciencias naturales*, la única, sin contar *La sinrazón*, que habla del exilio, aunque siempre de una manera muy elíptica, el personaje que escribe el diario oscila entre la necesidad de asumir el exilio, teniendo que detestarlo, y el propósito de no ser exiliado, preferir la "irrupción" del "trotamundos" a la solidaridad del que quiere destacar (1998, 83, 116). Lo califica en ciertas ocasiones de "hiato" y llega a compararlo con el "decíamos ayer" de Fray Luis de León.⁹ Rupturas y huidas que nadie concebiría como exilio, son denominadas por ella de exilio. Es el caso de su estancia voluntaria en Italia entre 1922 y 1927 e, incluso, el de la mudanza de su familia a Madrid, en un principio, como etapa previa antes de instalarse en Valencia, cosa que al final no se llevará a cabo. No hay nostalgia en Chacel, pues, como dijo, pudo conservar en todo momento "el tesoro de la lengua como esencia de la tierra abandonada" (1993, 67). De su estancia en Italia no sacó provecho directo en su primera novela, pero su visión de Madrid ya no fue la misma desde que se fue de la capital española, como si su vivencia se hubiese transformado. Lo decisivo fue entonces, para ella, el pasaje, el viaje, el movimiento de ida y vuelta, presente tanto en el título de su primera novela como en el de su diario, que marca las cuatro etapas del movimiento: la ruptura, la liberación, por ejemplo en el abandono de Valladolid, con respecto a la "tiranía" de su abuela, el aterrizaje en el nuevo mundo, y, por último, el momento de retorno, a partir del cual todo parece volver a partir de cero, aunque la realidad lo desmienta.

⁹ Véase 1993, 276, en donde dice que esta frase puede ser vivida de otro modo que como "un salto en el tiempo": "puede convertirse en higiene matinal, en llamada al orden, en piedra de toque para las verdades íntimas". Según Ana Rodríguez Fischer, en la introducción a este volumen (1993, 25), también utiliza los términos de "estrangulamiento", "cataclismo" y "vano".